

HE AQUÍ LA VIDA FABULOSA DE UN ESPAÑOL QUE, CON LO QUE ÉL LLAMÓ «TRAPICHEOS CON LA BELLEZA», DE LA NADA LLEGÓ A MULTIMILLONARIO; DON JOSE LAZARO GALDIANO, ADEMÁS, LOGRÓ REUNIR LA MEJOR COLECCIÓN PARTICULAR DEL MUNDO EN OBJETOS DE ARTE

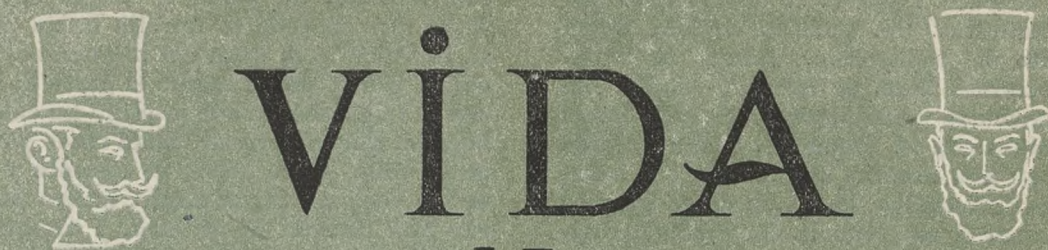
A mi pequeño ahijado José Carlos Lázaro Torres, sobrino nieto del gran coleccionista.

I El apellido Lázaro, dice Piferrer, procede de la Veguilla de Santillana. Uno de los ascendientes, Hernando Lázaro de la Vega, tuvo un hijo del mismo nombre; ambos se afincaron en Murcia, iniciando linaje ilustre. Otro linaje, derivado también de Hernando, comenzó en Belmonte. Castillo de oro sumado de un pelícano y la puerta defendida por dragón, son las armas de la familia.

Galdeano o Galdiano, que de ambas maneras se escribe, es también noble estirpe de Navarra, con casa solar en la villa de los Arcos, emparentado con familias de elevado porte, como la de Palacios. Son sus armas: escudo cortado, que en la parte superior, de gules, lleva manguante de plata, sobrepuesto a otro mayor jaquelado de oro y sable; en la parte inferior, jaquelado de lo mismo y costado de plata.

*

Nuestro biografiado, José Lázaro Galdiano (él jamás aceptó el cambio de la i por la e), nace en Beire, de familia que procede de Borja, cerca de Alberite, en Aragón. Se afincaron hace siglos en Navarra, por cuanto figuran en los anales del antiguo reino del mismo nombre. Los descendientes conservan un viejo manuscrito, que a la letra dice así: «Sus antepasados fueron cristianos viejos y de limpia sangre, sin mezcla de moros, judíos, ni agotes, ni penitencidos del Santo Oficio, hijos-dalgos notorios y comúnmente reputados, con escudo de armas libre, sin que haya tenido que pagar pechas ni tributos a la catedral de esta ciudad ni a persona alguna principal». Dueños de antiguo de gran hacienda, las guerras y la suerte, no siempre propicia, fué mermando aquélla, hasta muy limitada ya en vida del padre de José Lázaro. Gente de campo, agricultores y



VIDA Y PERIPECIAS

DE

D. JOSÉ LÁZARO GALDIANO

(APUNTES PARA UNA BIOGRAFIA)

POR EL DR. CARLOS BLANCO SOLER

ganaderos, con sentido jerárquico y cristiano, los ascendientes de Lázaro gobernaban sus estados, sumiéndose lentamente en la pobreza con dignidad prócer y sin el menor renunciamiento a su prosapia personal e histórica.

El abuelo fué guerrillero en la Independencia y sufrió de presidio y deportación en Francia; después combatió por Don Carlos, al que guardaba un acatamiento casi fanático. Al hablar de los reyes lo hacía siempre presa de emoción tal, que velaba su voz y decía: «La vida es un préstamo que Dios nos ha dado para servirle y respetarle con todas nuestras fuerzas; pero también para amar y servir a nuestra Patria y al Rey». Vivió casi un siglo y acarició con sus consejas y legendarias aventuras la niñez de José Lázaro. Entre ellas, la que llena de romántica emoción, sirvió a Bécquer de motivo para una de sus famosas cartas.

El niño, pues, nació a la vida con una admiración sin límites a este abuelo Galdeánico, verdadero personaje de epopeya, que rodeaba a la familia de historia y orgullo. La vieja casa-palacio, descuidada porque las rentas iban disminuyendo, no dejaba de soportar el empaque que la tradición imponía a tan ilustre linaje, y la actitud ante el mundo, los pormenores inclusive, estaban matizados de imperativos, a los que jamás podía traicionarse.

El padre, Leoncio, maridó con Manuela Gal-

diano, natural de la ciudad de Olite, hija del Alcaide de la fortaleza. Leoncio, ferviente católico, como su mujer, llegaba a insospechados extremos en su fe: gustó de tener siempre—y desde los sesenta años en su propia alcoba—el ataúd en que había de ser enterrado, juntamente con la mortaja y blandones que le acompañarían en su fallecimiento. Todos los años, por determinada época, don Leoncio tomaba sobre sus hombros una pesada cruz, con la cual, durante sucesivas jornadas, caminaba descalzo hasta el lejano santuario de la Virgen de Ujué, escondido en la sierra del mismo nombre.

José Lázaro miraba desde niño, con asombro, las manifestaciones de su padre, que respetaba sin comprenderlas. Para él aquel hombre, abrumado por la cruz, congestionado y vacilante, no era su padre sino un personaje extraño que, de momento, lo suplantaba. Su padre era el que por las noches, con una voz que al niño le sabía a delicia, relataba leyendas nacidas en las ingentes montañas que limitaban el horizonte y que, más de una vez, suponía José que se poblaban, al caer la tarde, de legiones de espíritus excelsos, semidioses, héroes o locos. Así, pues, nunca entraba en el cuarto de dormir de su padre, por el temor supersticioso que los trastos de la muerte le producían. Cuando las prácticas re-

ligiosas difuminaban a aquél ante sus ojos, notaba en su interior un desasosiego que le hacía huir y esconderse en el rincón más apartado de la casona, a llorar amargamente y a dormirse después, fatigado de tanta intranquilidad y malestar. Sin poderlo definir, aquel espectáculo le repugnaba. Jamás el abuelo—cascarrabias lleno de encanto—había llegado a extremos semejantes, y el niño hacía buenas migas con el viejecillo, hasta cuando le reñía con una retahíla de «tacos», que asustaba a sus hermanitos, José reía en su interior y gozaba con el espectáculo del carlistón manoteando en el aire, agitando sus brazos como aspas de molino. El empujoncito que como castigo recibían las nalgas de José de aquellas botas de elásticos del abuelo, jamás dejó de saberle a mimo y a dulzura, y si alguna vez el anciano exageró el gesto, el niño esquivó hábilmente y con fingida malicia la enérgica reprimenda.

La madre, de gran belleza, transmitió a los hijos su palmito, viéndoles crecer gallardos y buenos mozos. Mujer de costumbres aristocráticas, rechazaba lo vulgar de manera instintiva, y hacía culto de cuanto al castillo de Olite se refería. El Alcaide, su padre, influía sobre la imaginación de José y de sus hermanos, suponiéndole cancerbero mayor del reino, dueño de la fortaleza y vigilante de fabulosos tesoros. La vida de doña Manuela fué la de toda mujer cristiana, madre y esposa sumisa, porque no de otra forma podía comportarse dada la tozudez de su marido, popular en todo el contorno.

José Lázaro fué un niño, pero no como todos. Sus hermanos siempre hallaron en él algo que les separaba hasta en sus juegos infantiles. Acataban su superioridad que, en menor grado, disminuía el cariño fraternal. Unidos a otros muchachos de su edad, correteaban todos por el bosque inmediato al pueblo, persiguiendo las picarazas o los pájaros carpinteros. Cuando piedra en mano esperaban la aparición de la nutria en el pequeño río Zidacos, José se echaba en el ribazo más próximo, incapaz de atacar al pobre animal. El bañarse en las pozas más o menos peligrosas que la débil corriente ocasionaba, fué una de las diversiones que dejarían para siempre huella en su memoria. ¡Ah, de aquél fresco del agua, tan limpia, donde algún pececillo huía asustadizo y al que jamás tocaba el niño, sino que animaba en su zig-zag de plata, entre la risa de sus compañeros de natación, que ya comenzaban a llamarle juglar! Su diversión favorita fué el presenciar los partidos de pelota en el frontón que don Leoncio regaló al pueblo. Jamás tomó parte activa en ellos; desde sus primeros años desdeñó los deportes. Avanzada su vida, consideró el sport sólo como motivo de bellas actitudes, capaces de inspirar emociones estéticas; pero el sentido higiénico que lleva consigo ni lo comprendió ni le dió beligerancia.

Muchas mañanas, apartándose de sus amiguitos y burlando la vigilancia de sus hermanos, salía sólo al campo y andaba largo trecho hasta llegar a un prado que le permitiese gozar de soledad y silencio. Entonces se echaba en el césped y, boquiabierto, veía cruzar el cielo al águila carnífera o los buitres chillones que olfateaban desde muy lejos alguna caballería muerta, colocada adrede en una colina lejana del poblado, que llamaban el Cabezo. Entristecía al darse cuenta de que el azul aquél que llenaba toda la bóveda celeste cobijara semejantes instintos y sin explicárselo volvía a sentir en su interior la desazón que notaba en presencia de las manifestaciones supersticiosas de su padre. Cuando aquellas aves, en primavera, se cambiaban por golondrinas, el alma le sabía a caricia y dilataba

sus excursiones más de la cuenta. Una vez se durmió arrullado por el airecillo tibio, cargado de aromas de los pinares próximos... y de pronto, una violenta convulsión le despertó sobresaltado. Su padre le exigía cuentas del susto que en toda la familia había producido su ausencia a la hora del almuerzo. Sin saber cómo, asoció en su mente el gesto de su padre con la impresión que le produjo un caballo desbocado, que vió cruzar cierta tarde por delante de su casa, entre gritos de espanto y carreras de los vecinos. En adelante, nunca pudo separar una imagen de la otra, y aunque ello le mortificaba, aceptó lo inexplicable. Pero el pájaro que siempre le subyugó fué la cigüeña. La seguía en su vuelo, que acababa siempre en la hechicera torre del castillo de Olite, y entonces surgía en su mente infantil un cuento en que tomaba parte su abuelo el alcaide, la cigüeña portadora de mágica misión, el hada que se le aparecía con la cara de su madre y no sé cuántos personajes más. El castillo de Olite



era, como de costumbre, para el niño, la leyenda cuajada en piedras. Había oído referir historias de un príncipe enfermo, que escuchaba versos de un amable poeta levantino entre los ajimeces de las galerías. Había oído también muchas cosas más: los nombres preclaros como el del buen rey Carlos el Noble; y los horrores y desmantelamientos bajo Cisneros, o la francesada. El castillo era un manantial de poesía para aquella infantil imaginación.

Lo que nunca pudieron sus hermanos ni sus compañeritos fué llevarle al Cabezo a presenciar el banquete de las aves de rapiña sobre la carroña de los viejos animales lanzados allí por la desidia e indiferencia de los hombres del pueblo.

Ya lo feo le llenaba de espanto y constituía una verdadera enfermedad para aquel espíritu sensible. Una vez, bañándose en el Zidaco y al ir a alargar la mano para comenzar a vestirse, vió aparecer entre la hierba una culebra y fué tal su repugnancia que quedó inmóvil, como petrificado. Su hermano Jesús, hábilmente agarró al ofidio y lo zarandeó en el

aire para evitar que se le enroscara en el brazo y aplastó sobre las piedras del puente la cabeza del bicho, entre las risotadas de los demás menudos bañistas, que se burlaban del temeroso José. Este, en silencio, protestaba del miedo que le achacaban; porque más aún que la presencia del animal le repugnó la actitud de Jesús, que ahora veía alabada entre extremos valentones por cuantos presenciaron la peripecia.

Los inviernos transcurrían en la escuela rural, en la que el viejo profesor, haciendo gala de preciosa caligrafía, obligaba a esmeros pendolistas a los muchachos, y cuando no, se pasaba las horas hablando de los carlistas y sus victorias próximas. El bueno del dómine fabricaba con gran rapidez, mientras continuaba sus peroratas, plumas de ave, para que fueran manejadas por las torpes manos de sus pequeños discípulos. Para ayuda de sus propósitos, repetía una y cien veces que por la letra se juzga siempre a la persona que escribe. Las matemáticas eran confusamente explicadas por el maestro, y gran número de veces los guarismos exigían una comprensión que excedía de los límites de aquellas débiles inteligencias infantiles.

Y entre los paseos campestres en el verano y la asistencia a la escuela en el invierno, discurría la vida de José Lázaro, cuando salía de su casona almenada de escudos sobre el portalón.

*

Un día doña Manuela murió. Aquella madre hermosa, poco a poco fué disminuyendo su actividad y en plena juventud se vió precisada a que el cuerpo no compartiera la inquietud que bullía en su alma. Gustaba en sus últimos años de rezos y limosnas. Antes de la cena leía a sus hijos y criados vidas de santos, deteniéndose complaciente en la de Francisco Javier. Afirmaba que aquellas narraciones eran el mejor estímulo de los que iban para hombres. Los otoños iniciaban en la buena mujer un anhelo respiratorio, que el frío convertía después en fatiga mortificante hacia la caída de la tarde. A mediados de enero se calmaba su angustia, que renacía con los primeros albos primaverales, para dejarla tranquila cuando el verano comenzaba. Aun creyéndose normal, el más leve esfuerzo llevaba siempre consigo el fantasma del ahogo que, al fin, había de matarla en un lluvioso día de noviembre, cuando la tarde huía acosada por el frío de la noche.

El mozuelo supo entonces lo frágil que es la vida y el milagro que representa conservarla siquiera un instante. No hay hijo que deje sentirse sorprendido por la muerte de sus padres. Pero cuando el accidente se da en los años jóvenes, el impacto psíquico puede cambiar un carácter.

José rezó en la vieja iglesia por aquella madre rubia, de ojos azules y manos hermosas, que acariciaron tantas veces la cabecilla que hoy, triste y confusa, pensaba en lo finito de cuanto le rodeaba. La pena echó raíces en el alma del muchacho y se sintió íntimamente distinto del que había sido hasta entonces. La distancia que le separaba de su padre se acortó insensiblemente y lo miró con cierta impertinencia, como si hubiese crecido en conocimiento y fuera el de su padre, menos alto de lo que hasta ahora suponía.

Faltando la madre, otra mujer ocupó su puesto en la casa, la fiel Sotera, el ama de llaves, que vino al mundo en la solariega mansión, la misma que había visto nacer a él y a sus hermanos. Era la que ocultaba al padre las travesuras; la que los vestía en días de fiesta para la misa mayor y la que los despertaba paciente las mañanas para ir al colegio. Con re-

ligiosa unción, procuraba que los niños repitieran en latín las oraciones que había aprendido de labios de la difunta señora. Con un beso despedía a cada uno cuando salían para excursiones o viajes, y los esperaba, inquieta, si tardaban más de la cuenta. Esta mujer la lloró José como a su madre cuando el Señor la llamó a su lado.

Por cierto que fué la que recogió las primeras emociones estéticas y, sobre todo, los primeros comentarios que él hiciera sobre arte. Al regreso del muchacho de su viaje a Burgos de la visita a las Huelgas, donde regía la comunidad la tía canonesa, José, como iluminado, describía a Sotera, a sus hermanos, al señor cura y a cuantos se reunían para oírle, las maravillas de la Catedral, del monasterio monjil, del Arco de Santa María, de San Esteban, de San Nicolás... Vibraba el alma infantil con una vehemencia que extrañaba a unos y hacía sonreír a otros.



Y pasó el tiempo.

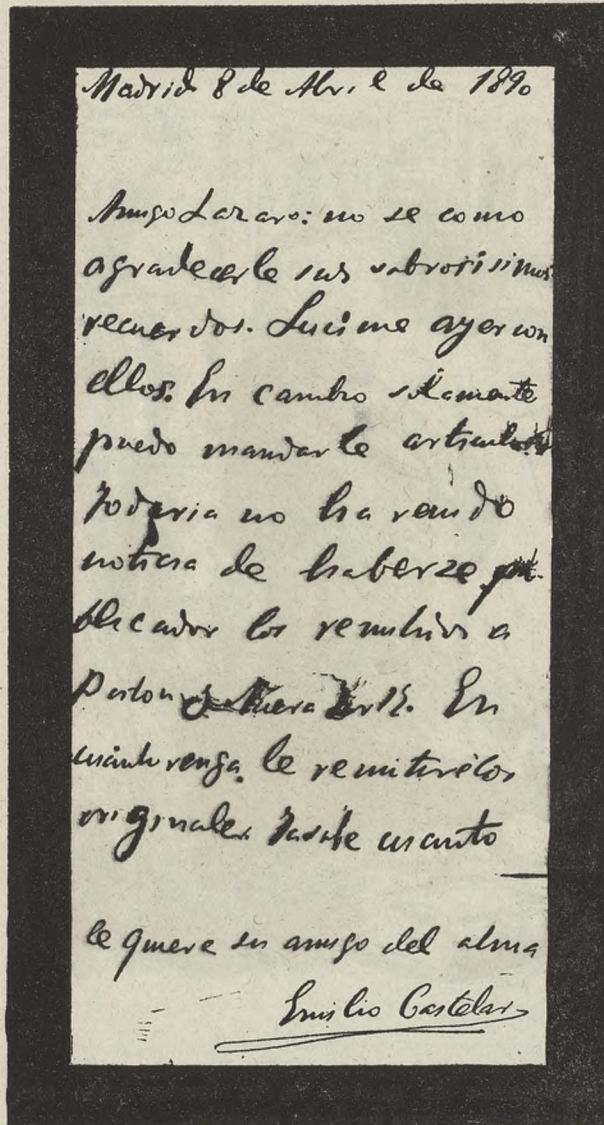
Don Leoncio dispuso que su hijo mayor estudiase el Bachillerato en el colegio de los Escolapios de Sos del Rey Católico, y una mañana, acompañado de un hombre armado y despedido por los lloros de Sotera y de sus hermanos, partió el cochecillo que llevaba como viajeros a don Leoncio y a Pepito, dispuesto este último a ser todo un hombre de provecho. El viaje no se hizo largo, aunque los caminos no eran ciertamente modelos de comodidad. Con alguna que otra parada y tal cual desvencijamiento, llegaron por fin al colegio, donde le esperaba—pues se lo habían recomendado—el venerable P. Rudesindo, virtuoso sacerdote que llegaba hasta llorar cuando alguno de sus alumnos le faltaba al respeto con bromas de dudoso gusto. Fué entonces cuando el colegial comenzó su amistad con el simpático Sarasate—pariente del gran violinista—muchachote aturdido y jaranero, fácil al chiste y mordaz en su trato. ¡Cuántas veces había hecho asomar las lágrimas a los ojos del P. Rudesindo! El alocado compañero acabó su vida en plena juventud, en un hospital, allá en la Argentina. Su muerte afectó a José, aunque hacía años que se habían separado, por el distinto modo de comprender la vida.

Lázaro fué un gran alumno; pasaba, por propia voluntad, gran parte de la noche estudiando a la luz de una vela. Tuvo gran inclinación por la música, las matemáticas y la historia. El padre quiso, como premio, colmar los deseos de su hijo, enviando al colegio un profesor de violín, que fué después el que enseñó el piano a la pequeña Asunción Lázaro, la hermana menor. Por su aplicación le fué concedido a José el raro privilegio de comer y departir después con la comunidad en el refectorio.

Su innata curiosidad le llevó en más de una ocasión a quebrantar a hurtadillas la vigilancia de los rectores y penetrar en la biblioteca, en la que experimentaba raro placer en acariciar los lomos de los viejos libros, los que, una vez hojeados, colocaba con maternal cuidado en el mismo anaquel de que los había retirado. Estas visitas furtivas, al principio, fueron más continuadas después, y acabaron por llamar la atención del Padre Superior, quien, de modo oculto, contempló una tarde en silencio la «diablura» del mozuelo, que llegaría a ser gran bibliómano. Este, al sentirse descubierto, no manifestó temor alguno, por el contrario, su-

plicó al Superior le fuese concedido permiso para consultar todos aquellos folios que hablaban del pasado y por los que ningún alumno mostró jamás interés. Con agrado de ambos el permiso le fué concedido tras una breve admonición y advertencia de que no podría hacerlo en las horas de estudio y con el mutuo acuerdo de que no significase aquél género de consultas menoscabo para la obligada atención a las disciplinas del bachillerato.

Por tal época, los Escolapios tenían por lema lo de que «la letra con sangre entra», y ciertamente que no lo echaron en olvido y lo practicaron con generosidad cuantas veces hubo necesidad de emplearla. Aquello no fué óbice para que el perillán de Sarasate, a quien parecía que Dios Nuestro Señor no le diera otra misión en la tierra que la de idear travesuras y agudezas propias de su carácter risueño y simpático, siempre dispuesto a ser grato a sus condiscípulos, calmara sus ingeniosidades.



Cierto día, y en la clase de estudios, tuvo que salir de su aula por breves momentos el sacerdote que vigilaba requerido por un compañero. El corto lapso de tiempo fué aprovechado por Sarasate quien, corriendo por entre las mesas, apoderose del olvidado birrete y, enarbolando un puntero como bandera y sacándose la camisa por la parte posterior de su persona, e imitando en sus gestos la voz del ausente cantó: «Yo soy descamisau; me gusta la igualdad. Si yo no tengo un cuarto, que nadie tenga más».

Y dirigiéndose a Pepe Lázaro, que tenía fama de repentizar romances, le espetó, sin abandonar su cómica actitud, y entre el regocijo de la alborotada clase:

—A ver tú, Lazarillo, si puedes responder alguna cosa en verso.

El interpelado, al sentirse llamar Lazarillo, abandonó su actitud sonriente y poniéndose en pie contestóle friamente:

—Sarasate, tú sabes muy bien que para firmar y para todo, antes que Lázaro soy José, el honor lo llevo en los apellidos de mis padres, no en el nombre; así, pues, podéis llamarme Pepe o como gustéis pero si alguna vez vuelves a tomar a broma mis apellidos, no tendrás mi amistad.



Por la vieja ventana ojival, tocada de travesuras renacentistas, penetraban los últimos rayos del crepúsculo. La claridad del día al disiparse parecía invitar dulcemente a cerrar los ojos y dejar vagar el pensamiento.

Dentro de pocas semanas abandonaría Beire. Se alejaría nuevamente de la casa paterna y el viaje no le llevaría a Sos del Rey. Era ya todo un señor bachiller que podía usar el Don ante su nombre y, en lo futuro, agregaría a éste el título de abogado, ya que por disposición paterna iba a estudiar Leyes. Hubiera preferido otras disciplinas más en consonancia con su espíritu. Pero su padre le consideraba inteligente, con facilidad de palabra y una gran voluntad. Aquella tarde, como otras muchas de las bien merecidas vacaciones veraniegas, estuvo leyendo cosas relacionadas con arte y literatura en las revistas que llegaban de Madrid y Barcelona. ¡Qué delicia los maravillosos grabados, en que aparecían escenas de caza, tumultos de batallas, bellísimos retratos... y, sin embargo, pensaba, había algo más atrayente en aquellas pinturas góticas, que tantas veces tuvo ocasión de gozar allí mismo, en Beire, o a lo largo de sus solitarios paseos a caballo, que concluían en alguna aldea del contorno, no sólo con el objeto de disfrutar de la presencia, para él nada indiferente, de su prima Manuela Galdiano, sino para extasiarse con su visita a la iglesia, en la que, tras breve oración, contemplaba con arrobos cuadros de vírgenes, de santos y trances de la dulce vida del Divino Maestro.

Y le daba pena pensar que todo cuanto hablaba de pasados siglos y que le ayudaba a soñar, estuviese ajeno a una mano amiga que le preservase de la acción destructora del tiempo.

Cada vez que, sudoroso y embelesado, regresaba a su casa, penetraba ligero y afanoso en la amplia habitación que servía de biblioteca y, a semejanza de lo hacía en el colegio, hojeaba incasable los libros hasta hallar lo que le interesaba.

De qué buena gana y obedeciendo a impulsos de su corazón, hubiera descolgado aquellos cuadros y cargado con ellos como rico botín, los transportaría a donde los pudiera mirar a sus anchas y mimarlos con aquella su juvenil pasión.

Estaba decidido; más tarde o más temprano comenzaría a trabajar, incansable, hasta rodearse de cosas bonitas, de reliquias gloriosas, cuyo verdadero valor creía apreciar mejor que nadie. La mengua de la hacienda, incompatible con su afán, empujaría al hidalguelo al esfuerzo y a la aventura.

Pero, ¿acaso su padre no coleccionaba también toda clase de objetos de plata? Aquel par de candelabros artísticos que tenía frente a él eran preciosos a su modo de entender, al igual que todas aquellas fuentes, fruteros, platos, bandejas, de que estaba llena la casa. Su padre se ufanaba en atiborrar aparadores y anaquelarios de cachivaches del preciado metal.

Por la abierta ventana se divisaba, como un

oscuro fantasma, la mole del castillo que tantas veces le invitó a sentimentalizar. Pero en este caso brincó en su memoria un alborozado recuerdo: creía ver a Galdeánico escuchando en las noches cálidas la fatigada voz del sereno: «Ave María Purísima. Las diez. ¡Viva la Constitución!». Aquel «viva» que estallaba como un feroz latigazo en los oídos del anciano, que se alejaba furioso, gritando con toda la fuerza de sus gastados pulmones: ¡Caraja, caraja!...

La imagen del querido viejecillo le daba nuevas fuerzas. El estudiaría Leyes, como había dispuesto el padre. Pero no le era suficiente, y lucharía, lo necesario para conseguir ver cumplidas sus aspiraciones de persona de calidad en el mundo del arte o la literatura. ¿No lo eran asimismo aquel don Emilio Castelar, o aquel don Ramón de Campoamor, cuyas cartas se recibían en casa y se leían con emoción en la tertulia familiar que seguía a la cena?

El ruido de los goznes de la puerta al abrirse, acompañado de un leve roce de gruesas faldas sobre el desnudo pavimento, hizo alzar al muchacho la cabeza. Era Zita, la vieja criada; traía en su mano izquierda un candelabro con el que iluminó la estancia tenuemente. Por todo saludo, murmuró:

—El señor desea que bajes a cenar.

Las mismas palabras todas las noches venían a cortar sus pensamientos.

Pronto empezaría el camino que habría de llevarle a hacer evidente su deseo.

IV

Llegado a Barcelona para estudiar Derecho, ocupó una casa de huéspedes en la calle del Conde de Asalto, en donde habría de permanecer gran parte de los años que viviera en la ciudad condal. Se trasladó después, en los últimos tiempos, a una flamante pensión que se inauguró en el Paseo de Gracia. Llevaba como único bagaje ajeno a sus esperanzas y afanes, una carta del tío Esteban Galdiano, director de la sucursal del Banco de España en Pamplona, para el que regentaba la del mismo establecimiento en la capital de Cataluña. Fué admitido como empleado de Caja, y desempeñó su puesto con asiduidad. El que se suponía inclinado a los quehaceres artísticos puso en los libros de balance, negocio de letras y documentos de crédito rara atención que, en lo sucesivo le serviría para amasar su colosal fortuna. Hizo compatible todo ello con su asistencia a la Universidad y con sus escauceos bibliófilos y peridísticos.

Escribió en «La Vanguardia» y en algún otro periódico sobre temas estéticos y acabó opinando en política hacia una democracia conservadora.

Posiblemente, había en Barcelona los diarios «Liberal» y el «Heraldo», dirigidos por don Darío Pérez, aragonés de fuste que, como Lázaro, vivió en la calle del Conde de Asalto y Paseo de Gracia. Formaban tertulia, además de Pepe, sus hermanos y el nombrado Darío Pérez, el doctor Simonena, médico navarro, que sería catedrático de la Universidad Central, Valentín Gayarre, sobrino del célebre tenor... Más tarde se les unió Mariano Benlliure, que por aquella fecha acostumbraba a firmar sus trabajos con el seudónimo de «El picapedrero». El artista valenciano se hospedaba con frecuencia en casa de Darío Pérez, en la propia redacción de «El Liberal» en la calle del Conde

de Asalto y almorzaba insistentemente en la pensión de los Lázaro. José ocupaba las horas que le dejaban libres su puesto y los deberes universitarios, en visitar las librerías de viejo y con su raro «olfato», rebuscaba ejemplares rarísimos, que adquiría y llevaba a su cuarto de la pensión, llegando a transformarlo en biblioteca de valor incalculable. Con esto comenzó su fortuna, pues los cambalaches entre los bibliófilos constituyeron su más productiva actuación.

No obstante, los mejores ejemplares los guardó con avaricia y fueron después germen del tesoro que forma hoy parte del «Parque Florido». Cuanto ganaba lo dedicaba, pues, a este aristocrático comercio, mitad por interés y mitad por su noble ansia de cultura. Una cosa compartía con todo ello las ganancias del joven estudiante, el afán de pulcritud y limpieza de su atuendo. Su manía era tal que se mudaba de camisa tres y cuatro veces al día. El planchado y almidonado de los hermanos Lázaro llegó a ser en algunos meses la partida más



importante de gastos de la fonda; más elevada incluso que la de la comida.

Crecía José Lázaro y su natural correcto iba lentamente estilizándose hasta lograr una suave cortesía, matizada de cierta afectación que no le hacía antipático, aunque bordeara lo cursi. Bien es verdad que su palabra llena de encanto permitía olvidar rápidamente aquella afectación. Los años no consiguieron borrar nunca esta leve pincelada de cursilismo. Sólo cuando las circunstancias económicas le permitieron cierta libertad para actuar, ocultó todo ello con la impertinencia del socialmente poderoso y la irritabilidad del viejo un tanto egoísta y socarrón.

En Barcelona se inició en José Lázaro un odio a los perros, que conservó toda su vida. Nacido de haber acompañado en los últimos momentos a uno de sus amigos, mordido y preso de hidrofobia. Quedaron en las pupilas de Lázaro los espasmos convulsivos, los gritos apagados, los dolores intensos, la parálisis y la agonía respiratoria que martirizó a la víctima largas horas. Nunca más consintió la menor broma relacionada con lo que él llamaba «el enemigo del hombre».

Al regresar a Pamplona, hecho todo un abogado, su tío Esteban le aconsejó una temporada en Londres, a donde habría de ampliar cuanto se relacionare con la técnica bancaria. No lo dudó Lázaro, tanto más cuanto que el tío Estebanillo le acompañó de buena bolsa y eficaces recomendaciones. Y allí fué Pepe, con deseo de ver mundo y estudiar ambientes desconocidos. En Londres vivió poco tiempo, y lo que hizo casi no lo comentó en el transcurso de sus años después. En realidad, la meta de sus afanes era Madrid, con su ambiente aristocrático y sus cenáculos literarios y artísticos. —Debemos ir a Madrid—repetía a sus hermanos—, allí una nueva vida nos espera.

Y a la capital llegaron en una noche de invierno de 188...

Vivía en un principio en la calle de Recoletos y ganaba su jornal en una notaría. José Lázaro fué lentamente separándose de sus hermanos. Siguió siendo el investigador tenaz y curioso de tiendas de viejo, casas de empeño, anticuarios y librerías... Su instinto nativo le permitía descubrir las mejores piezas, que pasaban inadvertidas a los propios comerciantes en la materia. Poco a poco fué haciéndose un extraordinario «marchante», que traficaba y se emocionaba a la vez con sus hallazgos. Ciertos objetos jamás los enajenó e iniciaron la maravillosa colección que le daría universal renombre. Conservó toda la vida su primera adquisición, una medalla del Pisanello que compró por cinco pesetas y que hoy luce su belleza en el Museo de la calle de Serrano. Todo ello le permitió poner casa en la cuesta de Santo Domingo, 16, que alhajó con singular acierto y servía de comercial escaparate y sitio a la vez de reunión a la mejor gente de la Corte, fueran o no de afanes coleccionistas.

Las habitaciones se hallaban dispuestas con graciosa intimidad, ajena a lo que pudiera significar utilidad comercial alguna. Parecía la mansión de un hidalgo que pusiera a disposición de sus amistades hasta los más recónditos lugares de su vivienda. La cultura y natural elegancia de Lázaro realizaron el admirable conjunto. El éxito conseguido le animó a inaugurar nuevo piso con idénticas características en la calle de Fomento, 7. Pero vivía en la Cuesta de Santo Domingo y dormía en la propia alcoba que enseñaba después. Lázaro pudo abrirse paso en la intrincada sociedad madrileña. No era muy alto, pero de armónica proporción, resuelto de gesto y sabiendo contener su brusquedad navarra bajo educadas formas. Sus ojos azules y vivos definían una mirada a la vez serena y marrullera. La tez blanquísima y sonrosada, contrastaba con su rubianca barba cuidada en extremo. Sus cabellos, rizados con cierta gracia, se escapaban perfectamente peinados y brillantes bajo un impecable sombrero de copa.

Conoció y trató a Cánovas, Castelar, Echegaray, Galdós, Campoamor, Emilia Pardo Bazán, Basilio Paraíso y a tantos otros. La casa de la Cuesta de Santo Domingo era visitada por los ingenios de la Corte, los políticos y los aristócratas. Nadie que se las diera de culto podía faltar de aquellas reuniones donde se criticaba lo divino y lo humano a la vez que se hacían numerosas transacciones.

Lázaro conocía de pintura más y mejor que nadie. Entre los eruditos en la materia, pronto fué conocido con el nombre de «San Juan Bautista». Veamos por qué:

Era fama el que a Pepe Lázaro le bastaba examinar una tabla o lienzo cualquiera para descubrir el nombre de su autor con rapidez asombrosa y en la mayoría de las veces acertaba al «bautizarlo». Lázaro era consultado por los más eximios aficionados y su diagnóstico se admitía sin vacilar.

Asistía como contertulio a las más ilustres casas en prosapia o inteligencia. A donde más a su gusto acudía era a la de la Pardo Bazán. El semanario festivo «El Gedeón», dirigido por el inolvidable Luca de Tena, publicó una caricatura en tamaño postal titulada «La Huída a Egipto», donde aparecía montada sobre un horriquillo la gran escritora, llevando en sus brazos una niña, hija suya, que más tarde casaría con un joven de ilustre apellido, y el San José que completaba la composición y guiaba la brida del jumento, era el apuesto don José Lázaro Galdiano. Interrumpía de vez en cuando su estancia en Madrid para marchar a Francia, Inglaterra o Italia, de donde regresaba cargado de objetos que adornarían su deliciosa mansión y le proporcionarían pingües ganancias.

Todo esto no le evitaba colaborar en los periódicos, comentando asuntos artísticos y de vez en cuando opinar sobre la política del día. De «El Liberal» fué redactor y colaborador asiduo; más tarde figuró en el consejo de «El Imparcial». No era ciertamente Lázaro un sabio sino un perito de cuanto se relacionaba ampliamente con el mundo del arte. De natural surgía en su cerebro la clasificación de aquello que veía o presentaban a su consulta. Infinidad de veces el más sorprendido de su acierto era él mismo. Repasaba los libros indispensables, quizá menos de los que constituyen el bagaje de cualquier vulgar aficionado. Dueño de una memoria visual extraordinaria, quedaban fijadas en él las impresiones de sus reiteradas visitas a museos y colecciones particulares. Completaba esto con una enorme cantidad de fotografías, que continuamente estaba revolviendo. Hasta el fin de sus días, su verdadero estudio fué un incesante mirar y remirar fotografías.

Una facultad discriminativa congénita era explotada por Lázaro, con gran sentido común. Hombre cerebral, jamás hizo estandarte de su corazón. Nada de afectividad, ni en los últimos años, fáciles como todos los viejos a las lágrimas, aparecían éstas al socaire del menor impacto psíquico. Para él los marfiles paleocristianos o las miniaturas persas, los primitivos del cuatrocientos o las estatuillas italianas renacentistas no significaban la menor intranquilidad espiritual. Como un jugador, su deleite se hallaba en acertar con la exacta clasificación y, después, atesorar... Deleite también fué en él arrebatarse a quien fuere la presa que se consideraba comprometida. En su vida existen anécdotas deliciosas llenas de infantil ingenuidad. Sabiendo que de Portugal salía una Comisión que habría de recoger, para el Museo de Lisboa, el retrato de Pedro III monarca lusitano, Lázaro, adelantándose, lo adquirió silenciosamente, gozándose después con la natural contrariedad de los comisionados, a los que dejó llegar hasta el lejano «marchante» que poseía el lienzo. Exactamente ocurrió con las piedras-retratos de la familia Imhof. ¡Cómo se divirtió el viejo don José ante el director del Museo de Berlín, cuando éste, creyéndose dueño de las deseadas piedras, se asombró de que se le hubieran escapado de las manos y cayeran en las de Lázaro! Estas travesuras las relataba, socarrón, con gestos de picardía aldeana y acompañándose de una risita, que

encandilaba sus ojillos grises como su barba.

Pero volvamos a don José Lázaro en su devaneos cortesanos del Madrid décimonono.

Asiduo al Ateneo, enredaba su charla con Romero Robledo, Núñez de Arce y tantos más que, después, recibía en su casa de la Cuesta de Santo Domingo. Una tarde le notaron los amigos como ensimismado. Al salir del círculo se despidió de ellos con urgencia y bajó sólo por la calle del Prado.

Había contemplado días pasados un extraño y bello cuadro que había llamado poderosamente su atención. Caminaba con la obsesión del pequeño lienzo. Lázaro, en aquella época de su vida ganaba mucho y nunca tenía un céntimo. El dinero contaba poco para él, fa-

nal y procedía de un convento de provincias, habiendo pagado por ella bien pocas monedas.

Lázaro tampoco se daba cuenta a ciencia cierta del valor de aquella pieza que se había clavado en su retina con perennidad de obseso. Pero él, mejor que nadie, tenía la intuición de lo que significaba. Amaba el arte antiguo y se ufanaba, no sin cierta razón, de ser en aquellos tiempos su único comprador en España. Y comenzó la batalla en el terreno económico. La misma batalla que tantas veces libraría en su juventud. Siempre se dijo: «Nada más fácil que engañar a un enamorado del arte antiguo». Pero en este caso el engañado fué el honrado comerciante, que en mil pesetas tasó la venta. El trato se cerró en ochocientas cincuenta, pagaderas en dos plazos. Y de este modo fué adquirido el cuadro.

Pasaron los años. La pintura en cuestión se colgó en el «Parque Florido» cuando Lázaro, en la plenitud de su fama, había logrado una prodigiosa colección. Y fué preciso que un visitante extranjero, amigo de la casa, reparase en la adquisición feliz y aun desconocida de años atrás. Aquél hombre quedó perplejo, como en éxtasis divino. ¡Leonardo de Vinci, lo firmaría ahora mismo con mi sangre!, exclamó con alegría infinita. ¡Leonardo!, repitió Lázaro a tiempo que con sus acicaladas manos traía hacia él el rostro de la hija de Verrocchio que el gran maestro italiano plasmara en la pequeña grande obra. A los pocos días sumas ingentes de dinero se ofrecían por el lienzo que manos de angel parecieron pintar.

Esta es la historia del cuadro que se expone hoy día a la admiración pública en los espléndidos salones del Museo Lázaro Galdiano.

*

El sentimiento de la Patria no fué de los olvidados por Lázaro. Si no lo cultivó por lo menos lo supo conservar como recuerdo que convertiría en llama en momento oportuno. Eran los tiempos de la guerra de Cuba cuando Lázaro fué a La Coruña, con Rogelio, a despedir a su hermano Jesús, que marchaba a las Américas.

En cada hogar marinero, como en los de tierra adentro, se rezaba en silencio por los hombres que peleaban con valor y desesperación en las lejanas islas, que se desprendían ensangrentando a la nación madre, que las honró civilizándolas.

El aire que envolvía a la ciudad temblaba con anuncios de tristes presagios. La lluvia sabía a lágrimas. Se tenía la certeza de que la escuadra española carecía de carbón en sus calderas. Que sus hombres se habían juramentado para vender con honor sus vidas ante el yanqui potente y orgulloso. Que barcos como el «Indian», el «New York», «Oregón», «Massachusetts», «Texas», «Iowa» iban formando un gigantesco arco de acero que aniquilaría sin piedad la hidalguía de los viejos navíos de España. Y así fué. Uno tras otro, con la misma gloria que sus abuelos en Trafalgar, cayeron aquellos bravos que inmortalizaron, tiñendo de rojo, el cálido amanecer del 3 de julio de 1898.

En la noche silenciosa, arrullada por la breve brisa marina, un clamor, primero, un griterío ensordecedor, después, se esparció por la ciudad. La tirada extraordinaria de un periódico se voceó, rabiosa y estridente, a las tantas de la madrugada «con el hundimiento de la escuadra española». En un momento La Coruña animó sus rúas. Todas las clases sociales se agolparon en ellas. La amargura, el escepticismo y desaliento aparecía en cada



Continental Express.

SOCIEDAD ANÓNIMA
AGENTE DE LA REAL CASA



Transportes terrestres y marítimos,
correo y facturación de equipajes de las estaciones a domicilio y viceversa,
despacho de Aduanas, compra de toda clase de encargos, embalaje
y envío de los mismos a cualquier punto del globo.

BIROS, COBRO DE INTERESES, COBRO DE VALORES Y DESCUENTO DE LIBRANZAS DEL GIRO MUTUO
Teléfonos públicos.—Conferencias y despachos.

*Adjuntas 25 pesetas.
El vergonzoso que un hombre
joven viviera de esta ma-
nera.
Por última vez, estoy dis-
puesto a pagar el viaje a
América, dar dinero para
el bobillo, un cheque para
cobrar allí a fin de vivir
hasta encontrar colocación
y un baul de ropa vieja
nueva para llegar bien vestido,
cosa indispensable en Amé-
rica donde se estima mucho
el aseo y la concecion.
Si aceptas y das tu palabra solo
exijo la salida directa, sin ir a
Bilbao, ni pensar en cobrar ni
pagar deudas, ni decir nada
a nadie mientras no hayas
ganado una fortuna, cosa allí
fácil que sería cuando pa-
gues, si quieres, lo que debes.
La respuesta a la Calle de
Tormento, 7, por escrito.*

(CARTA DE LÁZARO GALDIANO A UN PARIENTE.)

nático, enamorado del arte. Entró en la tienda; en la repisa de una chimenea estaba la codiciada pintura. Un menudo retrato de admirable traza y autor desconocido. ¿Una bella copia? ¿Un momento feliz de gran inspiración de un artista ignoto u olvidado? Ante aquél óleo habían pasado indiferentes, sin fijar su atención, toda clase de visitantes. Desde el lego en la materia hasta figuras señeras y rectoras del Museo del Prado.

El propietario del establecimiento, el anticuario Domínguez, hijo, ignoraba por completo en sus juveniles años que aquello era una obra maestra; había llegado a sus manos casualmente; era su primera compra como profesio-

gesto, en cada expresión y en cada palabra.

Pepe Lázaro miró con dolor y tristeza infinita hacia la calle. El no tenía nadie luchando allá, en la manigua ni en el mar. Apoyó los codos en el alféizar de la ventana, crispó los puños desesperadamente hasta hacerse sangre y lloró como en sus primeros años, allá en Navarra, cuando una ilusión se esfumaba de su corazón.

¡Cuánto amó en aquel momento a la Patria!

—«Todo nos lo han quitado. Todo nos lo han llevado»—decía meses más tarde. —«Hasta se habla por los corrillos políticos que los Estados Unidos pretenden cobrarse la indemnización de guerra en obras del Museo del Prado. Si en mí estuviera, si la Virgen de Galdiano me hubiese elegido para ello, llevaría a cabo durante mi vida una tarea gigantesca. Con la misma fe que el anacoreta en su retiro, con el mismo cariño con que la cigüeña de Olite, que tanto contemplé en mi niñez, va y vuelve incansante hasta formar su nido, realizaría una tarea desconocida hasta ahora en España: la de traer nuevamente los tesoros que fueron españoles y otros que merecen serlo y que están perdidos en Europa o al otro lado del mar.»

V

«La España Moderna» nació de un deseo de Cánovas,

el que pensando dotar a Madrid de una revista de cultura general, pero adicta a sus inspiraciones políticas, se aconsejó de Castelar para cubrir el puesto de director. Y fué el tribuno republicano el que indicó a José Lázaro. Nació «La España Moderna» con formato libresco, imitado de lo que acontecía en París, y en sus páginas colaboró lo mejor de la intelectualidad de su época. Lázaro dió al periódico un amplio sentido de discusión y doctrina. Se cultivaron todos los géneros, desde el arte a la filosofía, desde la elevada política a la poesía y la crítica literaria. Fué un anticipo de lo que muchos años después había de hacer la «Revista de Occidente». Trajo a la Patria las intranquilidades que temblaban en el pensamiento intelectual del mundo y se importaron matices españoles a los problemas que se debatían.

«La España Moderna» fué una personal y brillante aportación de Lázaro al periodismo español y, después, un motivo editorial que supo popularizar entre los estudiosos, artistas especialmente.

Como curiosa expresión del espíritu que animaba a los redactores y especialmente a su director, copiamos el enunciado que apareció en el tomo 168, año 14, con fecha 1-XII-902:

«Deseando corresponder al favor del público, y con el objeto de que la Revista pueda ser adquirida por personas de posición modesta, en lo sucesivo, mejorando las condiciones intelectuales, y sin cambiar en nada los materiales, los precios de suscripción serán los siguientes:

En España, seis meses, 10 pesetas, en vez de 17.

Idem ídem, un año, 18 pesetas, en vez de 30».

Los trabajos del número en cuestión iban firmados por Potapenko, Santos Chocano, Emilia Pardo Bazán, Gómez de Baquero, Fernando Araujo y Juan Pérez de Guzmán. Por cierto que Gómez de Baquero comenta «la reciente» entrada en la Real Academia de la Lengua de don Ramón Menéndez Pidal, cuyo discurso versó sobre las fuentes en que bebió Tirso de Molina para escribir «El condenado por desconfiado».

✱

Y llegó a Madrid a pasar una temporada doña Paula Florido, acompañada de sus hijos.

Paula, ya madura, iniciada la cuarentena, fué la primera esposa del comerciante argentino Francisco Ibarra, con el que casó adolescente. Ella, de modesta posición, respetó a su marido que le llevaba muchos años, y le cuidó con cariño hasta su muerte, acaecida a poco de su matrimonio. Ibarra dejó a su viuda un hijo y una buen fortuna, que las circunstancias económicas de la República del Plata elevaron después extraordinariamente. En un viaje por España, Paula se enamoró en Sevilla de un andaluz ciento por ciento, Vázquez Barrios, periodista modesto, que se dejó querer y quiso después a la que con tanta generosidad se le entregó. Muerto también el segundo marido, que si no pudo dejarla capital alguno le dejó una hija que hacía las delicias de la viuda por segunda vez. De regreso en la Argentina volvió Paula a casarse con un apuesto criollo, el joven Rodolfo Gache, que también sucumbió y que igualmente que los anteriores, fué el padre de un niño. Y Paula, quizá para ahuyentar de sí tantas penas, inició por Europa nuevo viaje, acompañada de sus tres hijos, que por ser de distintos maridos los consideraba sólo suyos y los amaba con ternura infinita. Porque ellos existían, no consideraba fracasado su amor. Sin ellos, el recuerdo de ausencia la hubiera sumido en la tristeza y misantropía.

—Sois únicamente míos y habréis de amarnos entré sí—les decía—porque el mismo amor os ha concebido. El mío, únicamente el mío. Fuí yo quien os pensé y quien os hice en mi alma, y nada ni nadie tiene participación en vuestra vida. Unidos debéis estar, como partes de mi propio corazón.

Los hijos adoraban a aquella madre guapa, dulce e inteligente que había sabido llegar a gran señora desde modesto origen. Las ternuras de Paula para sus hijos comenzaban por saber arreglarse y lucir entre la sociedad de su tiempo. Afirmaba que era su obligación para conservar la admiración que por ella sentían, pues nada como el asombro para mantener el cariño. El que estuvieran orgullosos de su madre era el incentivo que necesitaban para amarla locamente. La delicia de su trato para ellos y el cuidado de su persona y atuendo lo suponía inseparable e imprescindible.

—Es necesario que me crean un poquito «diosa»—repetía con frecuencia.

Paula, en el transcurso de su vida, fué educando su espíritu. Leía incansablemente y tenía afición a objetos raros, que contemplaba después, a solas en su habitación del hotel y enviaba a Buenos Aires cuando otra nueva compra ocupaba el lugar de la anterior.

Naturalmente, Paula fué a casa de Lázaro, en la Cuesta de Santo Domingo, y Lázaro se sintió atraído por aquella mujer culta, delicada, de buen ver y afectada elegancia. Paula admiró al navarro en lo que por su tipo y maneras tenía de atrayente y lo consideró hombre despierto y escritor de gran abolengo.

Se inició una mutua simpatía, más en él que en ella. Esta le adelantaba en varios años y, además, los reiterados y fallidos matrimonios habían pincelado su alma de cierto matiz de escepticismo. La persecución fué implacable; a cuantos sitios llegaba Paula, allí se encontraban los ojillos grises y emocionados de José Lázaro. En saraos, espectáculos, paseos o conferencias, de las que era muy aficionada, siempre tenía como fiel admirador y acompañante a distancia a Lázaro.

Y llegó lo inexorable. El día 19 de marzo de 1903, y en la iglesia de San José, se casaron el joven periodista y la madura dama argentina.

Ya Lázaro había construído una fortuna. Es necesario que de una vez para siempre desaparezca el lugar común de que Lázaro maneja con acierto el peculio de Paula. Evidentemente que lo hizo, pero no lo necesitaba para llevar una vida amable y tenemos la seguridad de que sin su matrimonio hubiera muerto

dejando una magnífica colección y ocupando un elevado puesto como prócer de las finanzas.

De cómo administró los bienes de su mujer y cómo los aumentó, quede patente cuanto ha conseguido y lo que sus hijastros poseen en América.

Lázaro amó tiernamente a Paula y ésta fué dichosa en extremo. Los cuidados y las atenciones que de continuo recibía la esposa, hacíanle una vida llena de sugerencias y encanto. Construyeron, a poco de casarse, el palacio «Parque Florido», al final de la calle de Serrano, difícilmente urbanizada, y congregaron allí lo mejor de la sociedad madrileña. Se deslizaban sus reuniones en un ambiente de culto discreto, que las hicieron originales y atractivas, sin el menor matiz de soporífero engolamiento. Hay que leer las crónicas de sociedad de León-Boyd, por ejemplo, para darse cuenta de la calidad y cantidad de personas que concurrían a las fiestas del «Parque Florido». Y ya se hacían lenguas los cronistas de sociedad de las maravillas que encerraba la casa y las comentaban con exagerados elogios.

Lázaro seguía su vida de trabajo. Desaparecieron sus casas de la Cuesta de Santo Domingo y Fomento. «La España Moderna» trasladó su redacción a «Parque Florido». Las actividades la desarrollaba en adquirir los más extraordinarios objetos. No obstante, dueño de una sólida fortuna, animó su vida en el mundo de las finanzas, recordando sus comienzos bancarios y los consejos de su tío Estebanillo Galdiano. Como hombre de talento y ajeno a profunda emotividad, alcanzó rápidamente gran prestigio entre los corifeos de los negocios. Desde entonces, y aparte de los lógicos cambalaches de todo gran coleccionista, su afán fué atesorar la mayor y más hermosa colección.

Viajaba el matrimonio de continuo a la caza de una rara pieza artística o a repetir una y mil veces la visita a museos y colecciones particulares. Para estas excursiones siempre estaban a tiempo y nada se oponía a un viaje del que pudiera traer un bello botín. Las relaciones que se proporcionaron entre coleccionistas de todo el mundo fueron tan extraordinarias que requerían de una persona que le ayudara diariamente a despachar el correo procedente de los más alejados rincones de la tierra. En las cartas había peticiones de cambios, ofertas de venta o compra, consultas... Todas las contestaba Lázaro con el humor que ponía en lo que llamaba «sus trapicheos con la belleza».

Lázaro coleccionaba con afán de atesoramiento. Por encima de la emoción estética estaba su ansia indomable de poseer. Esto fué hipertrofiándose en el transcurso de los años y llegó a extremos casi patológicos en sus últimos años.

La vida se deslizaba, pues, entre sus quehaceres artísticos y el cuidado y mimo de su esposa. Hacía tiempo que se había separado de sus parientes. Sus hermanos casi no le veían. Todos hombres orgullosamente honrados, no querían que la posición encumbrada de José pudiera estimarse como señuelo para sus asiduidades. En adelante su aislamiento de la familia fué casi total.

Fueron muriendo los hijastros. Quedó sólo el mayor Ibarra, que matrimonió con una señorita de su país, y vivió feliz con un hijito en la residencia de su padrastro.

Lázaro se unía cada vez más a su mujer, pues en el consuelo de las penas de ésta ponía la mayor ternura. Las desgracias apretaron el lazo del cariño. Ella le ayudaba en su trabajo, opinaba juiciosamente, le animaba en las dudas y calmaba sus desasosiegos.

Rápidamente fueron llegando prebendas y honores. Los consejos financieros le buscaron o se imponía en ellos por una operación de fortuna.

La guerra del 14 la pasaron en Madrid, como de costumbre. Lázaro supo aprovechar las circunstancias y aumentar su caudal honradamente. Cuando mayor era la felicidad, un sorprendente episodio apagó la dicha y la familia aquella, que se suponía alejada para siempre del dolor supo de la hondura de la pena y de la locura del alma humana. Cerraron el palacio y salieron todos para América. Durante un tiempo, el silencio fué el único dueño del «Parque Florido».

Lo ocurrido unió más si cabe al matrimonio. El hijo con el nieto quedaron para siempre en Buenos Aires y ellos regresaron a Madrid. El carácter de Lázaro se iba haciendo huano, salvo si necesitaba de amabilidades para conseguir lo que se proponía; su situación social de ventaja le permitía sacar a luz su altanería y su orgullo de hombre que ha triunfado. Esto, unido a una casi salvaje independencia le fué malquistando amistades y creándole una atmósfera de pequeño ogro, que era total-

timos, la de algún aficionado que, mediante recomendación, deseaba visitar el museo y nada más. Paula, dichosa, escribiría a su sobrino Rodolfo Lázaro que la felicitaba por sus bodas de plata: «... y espero que en ese día nos tengáis presentes, que de no haber tenido la terrible pena de perder a mis dos hijos en la flor de la edad, no podría ser más feliz de lo que soy con Pepe, que sé que lo es tanto también conmigo».

Paula, desde la muerte de sus dos hijos y de la desgracia ocurrida en 1914, venía notándose cierta torpeza de movimientos y al esfuerzo, fatiga, cuando no anhelo. Los síntomas fueron aumentando en intensidad y acompañándose de otros que definían una arterioesclerosis, especialmente localizada en los vasos cerebrales y en la aorta. Se inició un reumatismo deformante que, poco a poco fué inmovilizándola, y en 1931 sólo podía transportarse en silla de ruedas. Lázaro atendía con paternal solicitud a su mujer, la rodeaba de

haya efectuado sin derramamiento de sangre, yo le aseguro a usted que lo habrá. ¡Y de qué forma! Carecen los que hoy han tomado el Poder de la humana delicadeza que el alma debe poseer como premisa imprescindible para poder gobernar. Créame, el motor de las más bárbaras acciones es la aspereza espiritual que no se modifica ni por un desmesurado afán de cultura. Porque en ciertos momentos el alma lanza la carga de lo artificial, de lo sobrepuesto y, desnuda, se lanza a su nativo salvajismo con un goce infinito y un frenesí incontenible».

La muerte de Paula, unido a los trastornos políticos, le ahuyentaron de la Patria y fuera de ella se dedicó a la compra de los mejores especímenes artísticos que se le presentaban. Entonces, en París puso casa y la atestó de maravillas. Trasladado a Nueva York, realizó lo propio. Consiguió en fabulosa suma el Tríptico de Morgan, que hoy se admira en su museo, y vivió de su afición y del recuerdo de Paula, que le seguía constantemente.

La guerra del 36 le sorprendió en Nueva York. En los Estados Unidos dió conferencias sobre arte español y sobre la historia del descubrimiento americano, ensalzando a la Patria sin el menor tinte político. Al concluir la contienda, Lázaro volvió a Madrid, a su «Parque Florido», que durante la ocupación roja había sido Gobierno Civil y que materialmente no había sufrido el más insignificante despojo.

Cuidó su colección y la aumentó con mucho de lo recogido durante la obligada ausencia de la capital. Desde el 42 al 45, permaneció en América del Norte, donde sus compras fueron extraordinarias. Comenzó a traer a Europa—Lisboa y París—cuanto había adquirido en tierras americanas. Es curioso que devolviera al viejo Continente muchas de las cosas que la desidia de sus naturales había permitido salir del mismo. Su más interesante lección la dió en el Instituto de Bellas Artes de la Universidad de Nueva York con el enunciado: «La elegancia de la raza española, la joyería y la orfebrería». «Porque España—dijo—tiene una doble historia: una, a partir de los Reyes Católicos, bien conocida, y otra, olvidada, anterior al descubrimiento de América; historia olvidada, pero ilustre, cuyos acontecimientos influyeron en la civilización mundial».

Durante este tiempo surgieron diferencias entre ciertos organismos estatales y él. Cada uno mantenía su punto de vista y los incidentes de esta lógica disparidad de criterios le agrió el carácter, de por sí demasiado irritable ya. Al regresar a Madrid definitivamente, comenzó a traer a su casa los tesoros que encerraba en las de París, Lisboa y Nueva York. Venían lentamente y en persona dirigía la apertura de cajones y acariciaba las piezas con la dulzura que lo hiciera a una persona viva y de la cual estuviera enamorado.

Lázaro, en sus últimos años, había exagerado aquel carácter que le creara la hostilidad de muchos que antes eran sus amigos. Su afán de atesorar sin medida, se definía en el «Parque Florido», donde por pasillos, sótanos y habitaciones, buenas o malas, se amontonaban los cuadros y las estatuas; los vasos griegos, las tablas primitivas, los lienzos de incalculable valor. Aparecían en el suelo, en un rincón, unos encima de otros, sin el menor deseo de colgarlos o de presentarlos, incluso para que él mismo gozara de cuanto poseía. Las paredes se cubrían materialmente de pinturas, sin orden ni concierto, las repisas de bandejas, las vitrinas, de arquetas, esmaltes y medallas; los armarios de alhajas, cajas de pedrería, relojes, piezas de marfil, miniaturas, esenceros del XVIII, relicarios, etc.

Repetimos que nada tenía orden ni concierto. Los esfuerzos de su secretario, culto y honrado, y de la mujer de éste, persona competente y admirable, servían para bien poco. El, sola-



mente falsa. Esperó de cuantos le adularon alguna recompensa que definiera públicamente la estimación que le debían y jamás llegó. No era fácil al ruego y a la intriga. Las academias no le abrieron las puertas, las sociedades científicas, salvo alguna excepción, ni mencionaron su valer. Este olvido creó en él un complejo que atizó en su corazón el fuego de su agreste independencia y de su repulsa por el mundo oficial. Posiblemente notaría la incomodidad que semejante posición siempre proporciona; pero, testarudo, jamás pactó con quienes no quisieron reconocer sus méritos.

No obstante, el Congreso Nacional de Historia le eligió presidente en 1921 y su actuación fué brillantísima, poniendo a disposición del certamen su casa, su fortuna y su colección.

Nuevamente se ocultó en su concha, pero a la fuerza, sin ganas, con mal disimulado rencor. La pena de que nunca se contara con él la llevó consigo hasta el último día de su existencia.

Solos, el matrimonio vivía nuevamente en «Parque Florido», pero retirados de la vida social. Recibía la visita de sus amigos más ín-

cuantas comodidades se requerían y su vida fué una constante preocupación por aliviar el estado de su querida enferma. Guardamos nosotros los libros-catálogos de la colección Lázaro, el que de su puño y letra puso en uno de ellos, refiriéndose a mis cuidados: «Al doctor Blanco Soler, de cuya ciencia espero lo que más ansío, con singular afecto».

Paula, pese a cuanto se hizo, murió, tras breve agonía, de una hemorragia cerebral. La noche que sufrió el «ictus» permanecimos a su lado el que esto refiere, como médico de cabecera de la casa, su marido José Lázaro y algún servidor. El deseo de aislamiento de José Lázaro se acrecentó desde entonces hasta insospechados límites.

La proclamación de la República conmovió al prócer, no porque fuera herido en su monarquismo. El era monárquico porque consideraba que semejante modo de gobierno significaba orden en España. Orden que le permitía viajar, vivir y dedicarse a sus aficiones. Una mañana, paseando conmigo por el parque de su palacio, me dijo:

—«Por mucho que el cambio de régimen se

mente tenía en su cabeza el catálogo de todos sus objetos. A nadie enseñaba sus hallazgos, con nadie se expansionaba. No sentía la menor necesidad de comentar su alegría, ni de participar su delirio artístico. En realidad, es que sobre el goce que le proporcionara el arte, se hallaba en su alma la avaricia de la posesión. Como tal guardaba con recelo y con celo cuanto poseía.

Continuaba repasando portfolios, barajando fotografías de colecciones oficiales o particulares, reseñando revistas...

Apartado totalmente de su familia, sin amigos, recluso en su afición y, sobre todo, en su afán, vivía creyéndose poco menos que inmortal. Todos sus afectos los sentía apagados; pero sin querer confesarlo, el de la Patria permanecía vivo. Por esto y nada más que por esto, bajo su mandato, le iban llegando los tesoros que estuvieron más allá de la frontera luegones años. Su religión era el recuerdo de lo que aprendió en su infancia. Tenía un deísmo profundo, pero no practicaba confesión alguna. La educación que recibiera de su madre se disolvió en sus años mozos, impregnándose del liberalismo a la moda y de un anticlericalismo muy español. La frase de Gambetta al referirse a cualquier sacerdote: «Voilà l'ennemi», la hacía suya y sin la menor palabra de mal gusto para la Iglesia practicaba el dictado del tribuno francés con notoria injusticia.

Ya no se movía de Madrid, a no ser para vigilar lo que aún no había llegado o para solucionar los conflictos que le surgían en Francia, especialmente, al querer trasladar lo que era totalmente suyo. Con buena voluntad y comprensión por parte de todos, fueron arreglándose los incidentes y en 1947 la cosa estaba encauzada. Cuántas veces, al comentar todo aquello, decía: «¡A Napoleón y los suyos no le pusieron traba alguna para el despojo que del patrimonio artístico español hiciera durante su ocupación y huida después». «Bien es verdad—se consolaba—que España fué una más de las expoliadas. ¡Qué sería del Louvre sin la rapiña del corso y de cuantos le rodearon!... En esto, el Museo del Prado tiene una ejecutoria de limpieza que pocos podrían presentar. El zarpazo no ha sido arma que usara el español a través de su historia de paz o de guerra».

VII

La salud de Lázaro iba debilitándose; el corazón comenzó a declinar. Conservaba despierto su sensorio y, salvo las limitaciones y bien mínimas, propias de sus ochenta y pico, hacía una vida normal, de hombre cincuentenario. Algún episodio catarral, o tal cual espasmo vascular-cerebral, le obligaron a temporadas de reposo y aislamiento, en el Ritz, donde vivió hasta meses antes de su fallecimiento. Los mareos, al cambio de posición, fueron los pródromos de lo que había de acontecer, y como mi réplica era viva para que se cuidara, procuraba ocultar sus achaques para evitar la reprimenda médica consiguiente.

Los años fueron pasando. Cada vez que nos veíamos hablábamos poco de Medicina y mucho de intimidades de su vida particular. Cuando, violentando su deseo, intentaba someterle a mis consejos profesionales, contestaba:

—No creo en la Medicina; pero cálmese usted, creo en los médicos—. Y luego, gentilmente, concluía: —Creo en usted.

A pesar de fe tan amigable, olvidaba mis recomendaciones, cosa que daba ocasión a peloterías casi infantiles, que recalaban siempre en la plácida delicia de las bellas artes, firmando unas paces que volvían a romperse fácilmente a nuevo encuentro y diálogo.

Coincidimos una vez en la exposición de retratos ejemplares habida en los bajos de la Biblioteca Nacional, en el pasado 1947, y, a la salida, discutiendo el valor del retrato de la condesa de Chinchón, comenzamos un paseo Castellana arriba, para concluir en el «Parque Florido». Lázaro, gris su barba, grises sus ojos, gris su traje y gris su humor, me contaba contrariedades y episodios desagradables, que pretendía tranquilizar yo con la consabida frase: «La Patria es lo único eterno». Oía estas pala-



bras con mal disimulado rencor, pero aguantaba el machaqueo, que no era, por cierto, sólo mío; algunas de las pocas personas que le rodeaban repetían también la cantinela, a fin de conseguir aplacar el carácter del prócer. De pronto, cogiéndose a mi brazo y dando un tono de intimidad a su conversación, me dijo:

—Verá usted mi deseo... Y tras larga pausa, durante la que no dejó de mirar al suelo, como si contara el ritmo de sus propios pasos, añadió: —Quisiera que mi fortuna se empleara en una fundación cuyo núcleo sería el museo «Parque Florido»; un museo particular, «norteamericano», que fuera encanto y atracción del forastero que a Madrid llegara; un museo vivido, donde se conservaran mis recuerdos y sirviera también para levantarlos en cada uno que lo visitara; un museo que el curioso abandonara con pena.

—¿Y por qué—interrumpí yo—no lo hace en vida?

—Lo haré, lo haré; pero me queda tan poca...—y suspiró con añoranza, sin duda por

lo que pudo realizar y el tráfigo de coleccionista le impidió llevar a buen término. Habíamos llegado a la altura de Lista; comenzamos a subir la cuesta que une la vieja vaguada de la Castellana con la pulcra calle de Serrano; don José se fatigaba ligeramente y me dió oportunidad para hablar de su salud. Me rechazó una vez más para insistir en sus pequeños incidentes y luchas, en gran parte hipotéticas y pueriles. Volví a apaciguarle y hasta le reñí cariñosamente cuando en un instante de desahogo me explicó planes para el futuro no compatibles con su patriotismo de navarro.

*

En los últimos días de octubre la voz de don José Lázaro se asomó a mi teléfono y sin dar la menor importancia a sus palabras, dijo:

—Doctor, venga usted, ha llegado mi hora.

A los pocos minutos estaba al lado del enfermo; la muerte era inevitable; el color gris que fué su acompañante durante los últimos años de su vida dejó paso a un amarillo que, lentamente, iba apoderándose del querido amigo. Después de reconocerle hablamos y, como de costumbre, de temas ajenos a la Medicina.

Mis lógicos argumentos convencieron y calmaron su inquietud. Al día siguiente recibía el Estado español los tesoros del «Parque Florido». Unas horas más tarde comentaba cuanto había hecho:

—Comprendo que no son estos momentos para dejar suelto el mal humor—dijo—, sino para poner a la superficie la vena de amor a la Patria que todos llevamos en el corazón... ¿Están ustedes satisfechos?

Fijó en mí su mirada, después en su secretario, que fiel e inteligentemente tanto le había ayudado, y sonreímos los tres complacidos. A continuación añadió en un tono que jamás habíamos oído:

—Pero, sobre todo, entrego a España una cosa muy mía que no reparé con nadie; mi sentimiento estético, con el que he temblado emocionadamente tantas veces y que vale más que cuanto he podido reunir... y este sentimiento estético—repetió deletreando cada sílaba—sólo persistirá si continúan estas paredes tal y como están ahora, porque yo las ordené y cuidé con mimo y deleite. Mi cuerpo podrá entregarse a la ley física de la materia, pero mi espíritu aquí queda.

Hubo un expresivo silencio, y mirando amorosamente a una Virgen de Vicente López, que colgaba a los pies de su cama, quedó dormido cogido a mi mano.

Al salir de su alcoba tropezamos con un tesoro de estatuitas del Renacimiento que antes de su corta enfermedad se entretenía en desembalar. Chispas, de Donatello, de Sansovino, de Richi, de Miguel Angel, de Verrocchio, de Gaspar Becerra, y de tantos más, aparecían alineadas después de recibir la caricia de don José Lázaro Galdiano. Ellas formaron la guardia de honor al viejo coleccionista en la última noche que pasó su cuerpo en el «Parque Florido».